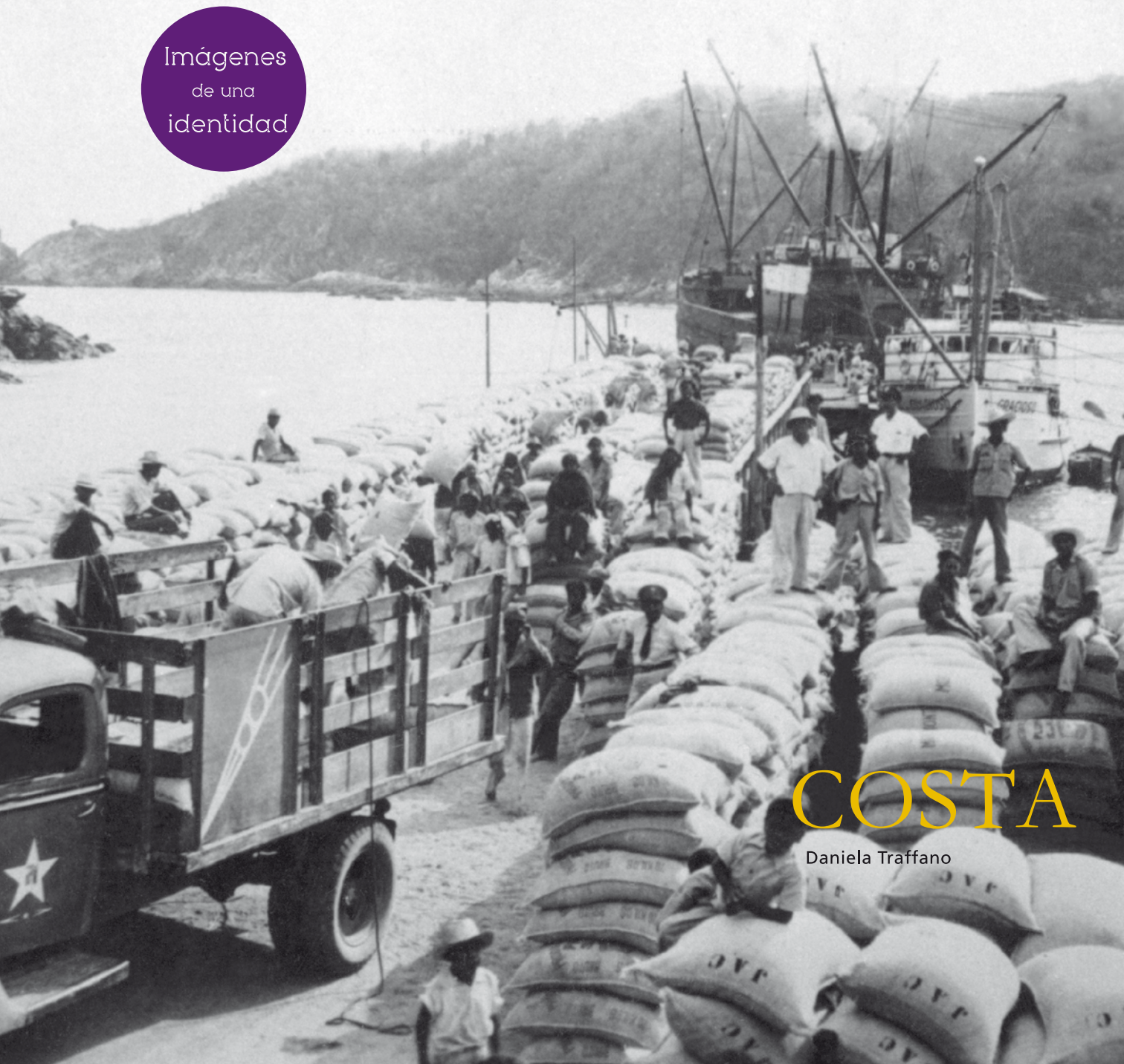


Imágenes
de una
identidad



COSTA

Daniela Traffano

Región de la Costa



Fuente: INEGI, Lab SIG del CIESAS Pacífico Sur
Elaboró: Rubén Langlé

CABECERA DE DISTRITO

- San Pedro Pochutla
- Santa Catarina Juquila
- Santiago Jamiltepec

Imágenes de una identidad

DANIELA TRAFFANO / SALVADOR SIGÜENZA O.

COORDINADORES

COSTA

Daniela Traffano

Coordinadores
Salvador Sigüenza Orozco
Daniela Traffano

Texto
© Daniela Traffano

Fotografías
© AHSEP
© CDI-FNL
© CFJHP
© CJAP
© FCBV

Investigación y gestión iconográfica
Salvador Sigüenza Orozco

Diseño Editorial
Judith Romero
judithrom@yahoo.com

Imagen de portada
Embarque de café,
Puerto Ángel, 1938. CJAP.

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra,
sea cual fuere el medio, sin la anuencia por escrito
de los titulares de los derechos

ISBN: 978-607-7751-53-3

salvador.siguenza@gmail.com
daniela_traffano@yahoo.com

Impreso y hecho en Oaxaca, México

Doctora en Historia por El Colegio de México y miembro del Sistema Nacional de Investigadores, ha sido docente en la UABJO, la Universidad Regional del Sureste y el CIESAS Peninsular. Actualmente es profesora investigadora del CIESAS Pacífico Sur.

Contenido

Presentación

7

Costa

Geografía y pobladores

9

La Costa entre dos siglos

15

Tierra, producción y poder, 1930-1970

23

Estado y políticas públicas, 1930-1970

31

Galería fotográfica

41

Archivos fotográficos y bibliografía

66



*Camión Ford de carga utilizado para el transporte del café,
Pochutla, ca. 1955. CJAP.*

Presentación

La serie *Imágenes de una identidad*, financiada por la convocatoria 2010 del Fondo Mixto CONACYT-Gobierno del estado de Oaxaca, tiene como objetivo dar a conocer, de manera general, las consecuencias que en Oaxaca tuvo el proceso de la Revolución Mexicana y el establecimiento del Estado mexicano; en ella se abordan la vida pública y las políticas sociales que, a partir de la Constitución de 1917, se encaminaron a la atención de la población oaxaqueña, particularmente los pueblos indígenas y negros de la entidad. El periodo que se abarca es 1917-1970, medio siglo de transformaciones y persistencias que permiten comprender, en parte, la complejidad del Oaxaca del siglo XX.

La propuesta pretende divulgar información fotográfica inédita o poco difundida, debidamente contextualizada a partir de la experiencia de investigación desarrollada por los participantes en el proyecto. El material se presenta en una perspectiva que permite comprender la intervención de los pueblos en los procesos generados durante y después de la Revolución, para que la población actual tenga a su alcance elementos visuales que contribuyan a reflexionar sobre la identidad y las culturas locales, así como a considerar la diversidad étnica como un valor histórico de los oaxaqueños. Se pone énfasis en el conocimiento de la

historia regional y en la presencia de los pueblos indígenas y negros en la historia de Oaxaca durante la primera mitad del siglo XX. La publicación pretende apoyar, de manera especial, el trabajo realizado por profesores, alumnos, promotores y gestores culturales, sobre todo para la enseñanza de la historia y la valoración de las culturas indígenas y negra.

Este conjunto de libros es un esfuerzo coordinado desde el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS) - Unidad Pacífico Sur, que contó con la colaboración de colegas de las unidades DF y Peninsular y la participación de investigadores de la Universidad Autónoma Benito Juárez de Oaxaca (UABJO) y el Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH). Los autores tienen una considerable trayectoria en el estudio y análisis de los procesos históricos, culturales y antropológicos de Oaxaca, han realizado labores de investigación en diversos acervos del estado y de la ciudad de México, para contribuir con información certera y confiable al conocimiento de la historia de la entidad.

La obra está integrada por ocho libros, que cubren las regiones de Oaxaca: Cañada, Costa, Istmo, Mixteca, Papaloapan, Sierra Norte, Sierra Sur y Valles Centrales. La decisión de tomar como punto de referencia las regiones reconocidas en la

actual división administrativa del Estado, responde a la necesidad de desarrollar el proyecto de una forma ágil y sencilla; sin embargo y como los autores lo demuestran, la sociedad oaxaqueña del siglo veinte es una sociedad móvil y dinámica, con fuertes flujos migratorios, situación que matiza el regionalismo utilizado actualmente en la administración pública. Es importante señalar que las historias que se narran se basaron principalmente en fuentes institucionales, en documentos de carácter antropológico y en trabajos realizados por investigadores de las ciencias sociales, además de recurrir a textos escritos por narradores y cronistas locales.

Cada libro se integra por dos elementos, uno textual y el otro visual. En el primer caso los autores elaboraron un escrito en el que recuperaron los procesos históricos regionales más importantes, tomando en cuenta elementos sociales, culturales, educativos, entre los que se abordan temas de salud, escuelas, caminos, abasto y proyectos productivos. El otro elemento importante son las fotografías, todas en blanco y negro, que permiten apreciar cambios y permanencias mediante un elemento visual con fuerte sentido didáctico; el origen de las mismas es diverso, algunas provienen de acervos institucionales en las ciudades de México y Oaxaca, varias más se recopilaron con coleccionistas y fotógrafos particulares en diferentes regiones del estado.

El libro *Costa* fue escrito por Daniela Traffano, historiadora del CIESAS Unidad Pacífico Sur. A través de su lectura es posible percibir las dificultades que marcaron la introducción de los servicios básicos en la región; así como reparar en la trascendencia de actividades agropecuarias

como el cultivo del café o la crianza de ganado, en la conformación de las dinámicas de poder y relaciones políticas, económicas y sociales de los habitantes de la región. Las imágenes que acompañan este texto provienen del Archivo Histórico de la Secretaría de Educación Pública, la Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas, la Fundación Bustamante Vasconcelos, y las colecciones de los señores José Álvarez Padilla y Julio Horta Pérez.

Por último queremos agradecer a las personas que con mucha generosidad nos facilitaron sus materiales fotográficos, a las Instituciones públicas y privadas que nos dieron acceso a sus acervos y al personal administrativo del Fondo Mixto y del CIESAS Pacífico Sur por su disponibilidad y precisión en la conducción administrativa de todo el proyecto.

Oaxaca de Juárez, primavera de 2012.

Daniela Traffano
Salvador Sigüenza Orozco
CIESAS Pacífico Sur

Costa

GEOGRAFÍA Y POBLADORES

La región de la Costa se extiende de manera paralela a las riberas del océano Pacífico, abarcando poco más de la mitad del litoral oaxaqueño. Está integrada por tres distritos: Jamiltepec, Juquila y Pochutla, con cabecera en las poblaciones del mismo nombre. En total comprende 50 municipios distribuidos en una superficie de 12,502 km², colinda con el estado de Guerrero y las regiones de la Sierra Sur y del Istmo de Tehuantepec.



*Cargando café en la lancha
para llevarlo al barco,
Puerto Escondido Juquila, 1953. FCBV.*

Pochutla, 1943. CJAP.



El relieve de la zona se compone de lomeríos que forman los contrafuertes de la Sierra Sur dejando entre ellos una serie de pequeñas planicies costaneras. La región alberga alturas considerables como el cerro el Gavilán (1,780 m.) en Jamiltepec; el Iguana (2,760 m.) en Juquila o el San Pedro el Alto (2,580 m.) en Pochutla.

El principal río en la zona es el Verde que desemboca muy cerca de la laguna de Chacahua. Existen otros ríos que nacen en la Sierra Sur y cuyo recorrido es relativamente corto, entre los que se pueden mencionar: Nopala, Manialtepec, Colotepec, Arena, Tonameca y Copalita. Este último es considerado el límite oaxaqueño de la franja costera denominada *Costa Chica* que se extiende hasta el Río Papagayo, en el estado de Guerrero. La región alberga también importantes sistemas laguneros como Chacahua, Corralero y Manialtepec. Además existen bahías que han permitido el surgimiento de centros de desarrollo turístico como Puerto Escondido. El clima es de tipo tropical caliente sub-húmedo con precipitaciones que se concentran en un

solo periodo, dividiendo el año en temporadas de secas (noviembre – mayo) y lluvias (junio – octubre). En términos generales existen cuatro zonas de vegetación: algunos manglares en zonas de lagunas; vegetación de sabana en la planicie costera; bosque medio de hoja caediza en la porción sur de los declives hacia el Pacífico, que alberga especies como ceiba, amate, higo, coyol, pochote, guanacastle, aguacate y caoba; y el bosque de pino-encino en las zonas más altas.

A la diversidad de la flora corresponde una gran variedad de especies animales: en las áreas eminentemente costeras se encuentran gaviotas, pelícanos, garzas, tortugas, iguanas, garrobos, cocodrilos, y una gran diversidad de peces. A medida que se asciende hacia el bosque tropical y hacia la zona de coníferas se pueden encontrar especies de monos, pericos, chachalacas, armadillos, conejos, ardillas, tlacuaches, tejones, colibríes, primavera, clarines y jilgueros.

La región se ha clasificado en zonas costeras, bajas, medias y altas; las primeras se encuentran en los márgenes del mar y en las desembocaduras de los ríos. Aquí se desarrollan actividades de pesca ribereña, ganadería extensiva, turismo de playa y hay zonas agrícolas de chagüé¹ y riego donde se cultivan maíz y frutales.

Las zonas bajas son lugares donde existen áreas de inundación y en su mayor parte son planicies. Se realiza actividad ganadera y los cultivos comerciales predominan sobre los básicos, produciéndose con sistemas de chagüé, riego y de temporal. Éstos incluyen: limón, papaya, plátano, mango, palma de coco, cacahuete y ajonjolí.

Las zonas medias se ubican en los pies de monte; son áreas que se caracterizan por sus lomeríos con pendientes suaves dedicados a agricultura de subsistencia (frijol y maíz) y ganadería extensiva.

En la zona alta predomina el cultivo básico de maíz y frijol; en algunos lugares existe aprovechamiento del bosque y sobresale el cultivo del café (Lara, 2008: 49-54).

Respecto a las vías de comunicación, debido a la lejanía de la ciudad de Oaxaca, a la carencia de caminos expeditos y a su posi-

1 Sistema agrícola de humedad residual.

Población negra: Situación social

Los negros se encuentran en una situación social semejante a la de los indios en cuanto a clase social, y son vistos por los mestizos como una clase inferior. Los negros, a su vez, ven con cierto desprecio a los indios, a quienes llaman los inditos.

Más bien existe cierto antagonismo entre indios y negros, y fuera de ciertos contactos comerciales, no existen relaciones entre individuos de una y otra raza. Puede decirse que no hay mezclas de sangre entre ambas, y sólo como excepción vimos a un negro casado con una india. Esta población se siente mexicana, también con un patriotismo semejante al de los indios (...).

Hablan el idioma castellano, aun cuando bastante deformado y con un acento parecido al de los negros cubanos.

Desconocen en absoluto la lengua que deben de haber hablado los primeros negros que llegaron a la Nueva España (Basauri, tomo III, 1990: 613-614).

ción geográfica, la Costa ha estado históricamente vinculada con el estado de Guerrero. En la actualidad, partiendo de la capital del estado, dos son los principales accesos carreteros a la región. Por la carretera 175 se llega de Oaxaca a Puerto Ángel y por la 131 de Oaxaca a Puerto Escondido. La carretera que comunica Tlaxiaco con Pinotepa Nacional corre paralela a los límites entre Oaxaca y Guerrero; mientras que la carretera 200, siguiendo al litoral del Pacífico, atraviesa los tres distritos de la región. Al viajar por ella de oriente a poniente se accede a lugares como las Bahías de Huatulco, Pochutla, Puerto Escondido, Tututepec, Jamiltepec y Pinotepa Nacional.

En la región habitan indígenas, afrodescendientes y mestizos. Éstos últimos, resultado de la mezcla de razas que siguió a la Conquista, empezaron a incrementar su presencia en la región a finales del siglo XIX. En las décadas sucesivas lograron extender la propiedad privada en detrimento de la propiedad comunal y acaparar la comercialización de la producción agropecuaria, desplazando y marginando al resto de la población. Actualmente los mestizos se concentran en los núcleos urbanos más grandes de la región; tienden a ocupar importantes espacios políticos; se dedican a la ganadería intensiva y extensiva y a los cultivos de productos comerciales; controlan su distribución tanto a nivel local como nacional e internacional.

Los pueblos afromestizos, que se concentran mayoritariamente en las zonas costeras entre Puerto Escondido (Oaxaca) y San Marcos (Guerrero), se dedican a la pesca, el turismo de playa, la ganadería y la producción de maíz y fruta.

La presencia de población afrodescendiente tiene una historia que se remonta al periodo colonial, cuando la expansión europea en América impulsó un amplio comercio de esclavos provenientes del continente africano. La población negra llegó a México debido a la catástrofe demográfica de los indígenas que, a causa de las enfermedades traídas por los españoles como la viruela, el sarampión o el tifo, entre 1519 y 1640 disminuyeron alrededor de un 90 por ciento. Pero las enfermedades no fueron la única razón, también la necesidad de mano de obra en las minas de plata en

Jamiltepec, 1955.
© Anónimo CDI-FNL.



Zacatecas o Guanajuato, impulsaron la demanda de población africana. De la misma manera los esclavos fueron piezas claves para el desarrollo de los ingenios azucareros establecido a lo largo de las costas y en las zonas de producción de la caña (Vinson III, Vaughn, 2004: 13-14). Martínez Gracida señala que los primeros 200 esclavos negros que aparecieron en la Costa fueron traídos a finales del siglo XVI por el “mariscal” de Castilla que llegó a Jamiltepec para fundar una estancia de ganado. El autor cuenta que el español encargó la persecución y el exterminio de los indios que habitaban la zona a sus esclavos quienes, después, se quedaron a cargo de 200 cabezas de ganado. La historia nos habla de los

negros que, desde entonces, se destacaron como capataces de los españoles propietarios, empleados en los cultivos de algodón, pescadores en las lagunas, lugarteniente de los encomenderos y como arrieros; pero sobre todo fueron vaqueros. Por la invasión de tierras, la vaquería fue siempre motivo de hostilidad entre ellos y los indígenas. Otros grupos de negros arribaron a la región huyendo del trabajo en las minas o los trapiches; se les denominó cimarrones y llegaron a refugiarse en las tierras aisladas de la Costa. El día de hoy, mientras algunos los suponen descendientes de esclavos, ellos se dicen descendientes de náufragos de embarcaciones que se hundieron en las costas de Puerto Minizo, Chacahua o cerca de Collantes; muchos llegaron con las migraciones internas que se dieron a lo largo del siglo XX (Alfaro-Escalona, 2002: 106). Sus historias son contadas por los abuelos pero sobre todo han quedado plasmadas en los corridos, chilenas y canciones rancheras que se cantan en toda la costa (Campos, 1999: 156).

En cuanto a los pueblos indios, de oriente a poniente se encuentran: zapotecos, chatinos y mixtecos, así como algunos núcleos de población tacuate y amuzga. Portadores de una milenaria tradición cultural, estos pueblos originarios han sido protagonistas de una historia de encuentros pacíficos y conflictos violentos; de intercambios libres y acaparamientos forzosos; de control de tierra y recursos y despojos, desplazamientos y marginación. Actualmente se concentran en las zonas medias y altas donde se dedican al cultivo de productos básicos como el maíz y el frijol y a la ganadería en pequeña escala. Si bien siguen utilizando el sistema de roza, tumba y quema, las imposiciones de las relaciones capitalistas de producción han estimulado la difusión de instrumentos modernos como el arado y la maquinaria agrícola, así como la incorporación de cultivos eminentemente comerciales como el ajonjolí, el chile, la jamaica, el limón o el café. En general los pueblos indígenas mantienen dos orientaciones en su producción: para el autoconsumo y para el mercado, aunque la tendencia es al incremento de los cultivos comerciales y a la venta de fuerza de trabajo, incluso mediante procesos migratorios fuera de la región (Rodríguez, 2010: 277).

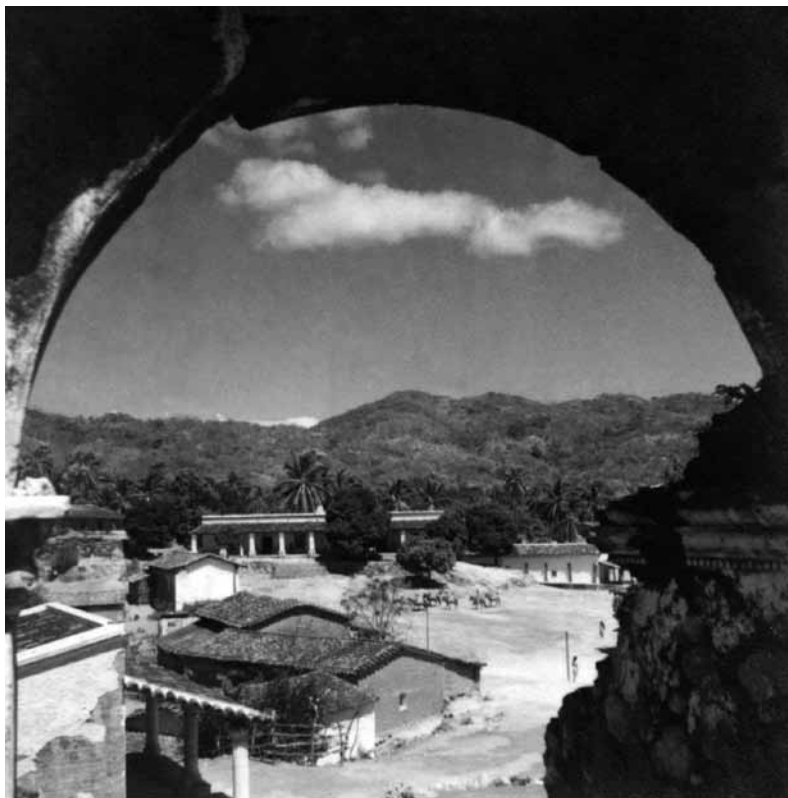
LA COSTA ENTRE DOS SIGLOS

Tierra y hombres en el crepúsculo del siglo XIX

Las últimas décadas del siglo XIX fueron determinantes en la historia de la Costa porque se dieron cambios sustanciales en las estructuras agrarias y productivas y culminó la política de los gobiernos liberales decimonónicos. Para 1880 la región estaba dividida en los distritos de Jamiltepec, Juquila y Pochutla, y la población era predominantemente indígena. En la planicie costera de Jamiltepec se registraba una importante presencia de población negra; había mestizos en los centros urbanos y pocos extranjeros, con quienes compartían actividades comerciales y producción agrícola o ganadera. Las comunicaciones eran sumamente lentas y difíciles; el tránsito por los caminos de herradura estaba sujeto al clima y a las precipitaciones pluviales, la arriería era el único medio de transporte terrestre existente. El desarrollo de productos comerciales como el café o el algodón determinó la habilitación de puertos en Minizo y Puerto Ángel. Desde aquí, a partir de 1883, los empresarios cafetaleros pudieron establecer relaciones comerciales directamente con clientes de Estados Unidos y Europa.

*Desembarque de productos,
Pochutla, ca.1950. CJAP.*





*Centro de San Pedro Mixtepec,
Juquila, 1953. FCBV.*

En cuanto a la situación en el campo, en las últimas tres décadas del siglo XIX el despojo de las tierras de las comunidades que se había consumado desde los periodos anteriores, se generalizó e incrementó. Nuevas leyes y el apoyo del gobierno de Porfirio Díaz permitieron que las haciendas, los ranchos y las fincas cafetaleras avanzaran sobre los terrenos de las comunidades originarias; convirtieron la tierra en mercancía y privaron a los productores directos de su principal medio de subsistencia transformándolos en mano de obra para el campo; lo que sentó las bases para la alteración en la estructura productiva y el desarrollo del capitalismo en la región (Rodríguez, 2010: 198). En general, las haciendas en la región se ocupaban de la crianza de ga-

nado mayor, producción y transformación de algodón, cultivo de caña y producción de azúcar, después hubo cultivo de cafetos. En la región existía también un considerable número de ranchos, muchos de ellos con antecedentes en las instancias de ganado mayor establecidas durante la Colonia, posiblemente con terrenos adjudicados legalmente durante ese periodo pero ampliados sobre dominios de las comunidades (Rodríguez, 2010: 199-200). El café llegó a la Costa en la década de los setenta. El desplome de la demanda de grana cochinilla que había determinado la casi desaparición de su cultivo en la década anterior, alentó en unos empresarios del distrito de Miahuatlan la idea de sustituir la producción

del colorante con la del aromático. En 1868 Basilio Rojas reportó que la tierra adecuada por la altura y el clima estaba en las fronteras de Miahuatlán con los distritos de Pochutla y Juquila y que el único obstáculo al proyecto iba a ser el amor que los indios tenían por su tierra “haciéndola intocable aunque improductiva, defendiéndola de los extraños, peleando por un pedazo de ella... con un furor endemoniado” (Rojas citado en Piñón-Hernández, 1998: 69). Tal era el interés por su difusión que, en 1875, el gobernador José Esperón expidió un decreto que exentaba de impuestos a los inversionistas que destinaran sus capitales para incrementar las plantaciones de café. En el mismo año los Rojas empezaron a establecer fincas cafetaleras; primero en Santo Domingo Coatlán en donde sembraron con éxito las primeras 25 hectáreas en un paraje al que llamaron *Regadío*, más tarde en San Pedro Mixtepec, San Juan Lachao y San Gabriel Mixtepec (Piñón-Hernández, 1998: 69). El cultivo del café requería de grandes inversiones de capital y de mano de obra, especialmente para la cosecha. El dinero provenía de empresarios y comerciantes residentes en la ciudad de Oaxaca y, en un segundo momento, de compañías extranjeras como la Vista Hermosa Sugar and Mercantile Co., la The Indian Rubber Company y la The Oaxaca Coffee Culture. Para la fuerza de trabajo asalariada necesaria en los plantíos, se habla de incorporación forzada; los chatinos fueron obligados a trabajar en las fincas a través del endeudamiento y el reclutamiento forzoso. La expropiación de tierras comunales y la incorporación obligada de los chatinos a la economía de plantación, provocaron resistencias y revueltas (Chassen, 2010). En varias ocasiones los indígenas se levantaron en contra de los incrementos de impuestos y para la defensa de sus tierras y cada vez fueron rápidamente reprimidos por las autoridades distritales y federales. La época de oro del café llegó a su fin en 1896 cuando se verificó una dramática caída de su precio; entonces muchos propietarios vendieron o entregaron sus fincas a sus acreedores; de esa manera, empresas extranjeras, sobre todo alemanas, se quedaron con las mejores propiedades (Chassen, 2010; Rodríguez, 2010: 216).

El conflicto armado

La polarización de la riqueza, la pobreza, el descontento y la marginación fueron elementos sustanciales que provocaron el conflicto armado de 1910. Sin embargo, en sus diversas etapas, el proceso revolucionario se caracterizó por múltiples manifestaciones locales y por participaciones distintas de la población.

En Oaxaca, los precursores de la Revolución fueron básicamente las clases medias urbanas y los rancheros de las regiones de la Cañada, Tuxtepec, la Costa y los Valles Centrales. El Estado se caracterizó por una *participación diferenciada* de sus diversas zonas en el conflicto bélico y los movimientos armados en la entidad llevaron más el sello de una determinación ideológica o de intereses de grupos específicos, que banderas de lucha y reivindicaciones de tipo agrarista (Sánchez, 2010: 34-35). Esto se reflejó en que no todos los pobladores participaron de manera activa en los enfrentamientos, aunque llegaron a sufrir algún tipo de impacto en su vida cotidiana. En el distrito de Juquila, las poblaciones chatinas pelearon con tropas zapatistas y carrancistas sin saber exactamente con quién y para qué, dado que los soldados de uno y otro bando llegaban a los pueblos y los obligaban a proporcionarles agua, alimentos y hospedaje, llevándose a los hombres como combatientes o guías (Bartolomé- Barabas, 1996: 84-85).

En la Costa Chica varios pueblos se unieron a la causa revolucionaria. A mediados de 1911 el jefe militar Enrique Añorve, proveniente de Guerrero, difundió en la zona las causas maderistas anunciando la devolución de tierras a sus verdaderos propietarios. En este contexto los indígenas mixtecos de Pinotepa Nacional vieron la oportunidad de rescatar las tierras que les habían despojado a favor de terratenientes o que se habían puesto a disposición de varios rancheros, ambos grupos favorecidos por la política porfirista y, con la esperanza de poner fin a los abusos y la explotación de los terratenientes, se adhirieron a la causa maderista. El apoyo que en este momento les brindaba Añorve, los animó a reconstruir el “imperio mixteco”; para ello nombraron una reina y un “jefe de las fuerzas armadas imperiales de su majestad”; como palacio imperial escogieron un edificio del centro del poblado y

*Señor Francisco Ramos Ortiz,
Jefe de la Defensa Social
del distrito de Pochutla, comisionado
para la carretera Oaxaca-Puerto Ángel,
quien visitó el pueblo para
conseguir ayuda. Escuela Redención
de la Raza, San Agustín Loxicha, Po-
chutla, junio de 1929. AHSEP.*



enviaron mensajeros a las comunidades indígenas de la región con el fin de dar reconocimiento al “imperio” y establecer alianzas. Además obligaron a los terratenientes a entregar los títulos de las tierras que, envueltos en la bandera nacional, confiaron a un Consejo de Ancianos para su resguardo. El imperio duró solamente 11 días; las fuerzas de Juan José Baños lo destruyeron, recuperaron y “devolvieron” los títulos y persiguieron a los indios rebeldes. Baños era miembro de la clase media de la sociedad local que se dedicaba al comercio, a la producción de cultivo y al cuidado de ganado mayor y, como otras familias de la misma clase, estaba subordinado a los grandes terratenientes (como Dámasco Gómez y la familia Del Valle) que habían consolidado su poder durante el porfiriato. Alarmado por las iniciativas de los indígenas y movido por el asesinato de su hermano, Baños logró convencer a Añorve que los indios querían tomar el control de Pinotepa y acabar con los blancos, “la gente de razón” y las autoridades locales. Añorve, persuadido, lo nombró capitán primero de las fuerzas maderistas y lo envió a Pinotepa para restablecer el orden. De esta manera, quienes antes eran aliados del porfiriato se convirtieron en bando revolucionario llegando a ser el principal grupo constitucionalista

que peleó dentro y fuera del distrito de Jamiltepec en contra de los zapatistas (Chassen-Martínez, 1990).

Baños se posicionó como un elemento estratégico de control de la zona gracias a la fuerza militar que adquirió en esos años, al respaldo de políticos prominentes de la Ciudad de México y al apoyo de importantes grupos con poder económico; finalmente quedó al lado de los constitucionalistas, vencedores en la Revolución. Al término del movimiento armado, la élite política de Pinotepa logró tener preeminencia como centro político regional vinculado a rancheros y comerciantes, mientras que Jamiltepec permaneció como cabecera distrital y judicial, su élite siguió ligada a los grupos políticos y judiciales de la entidad (Lara, 2008: 39-41).

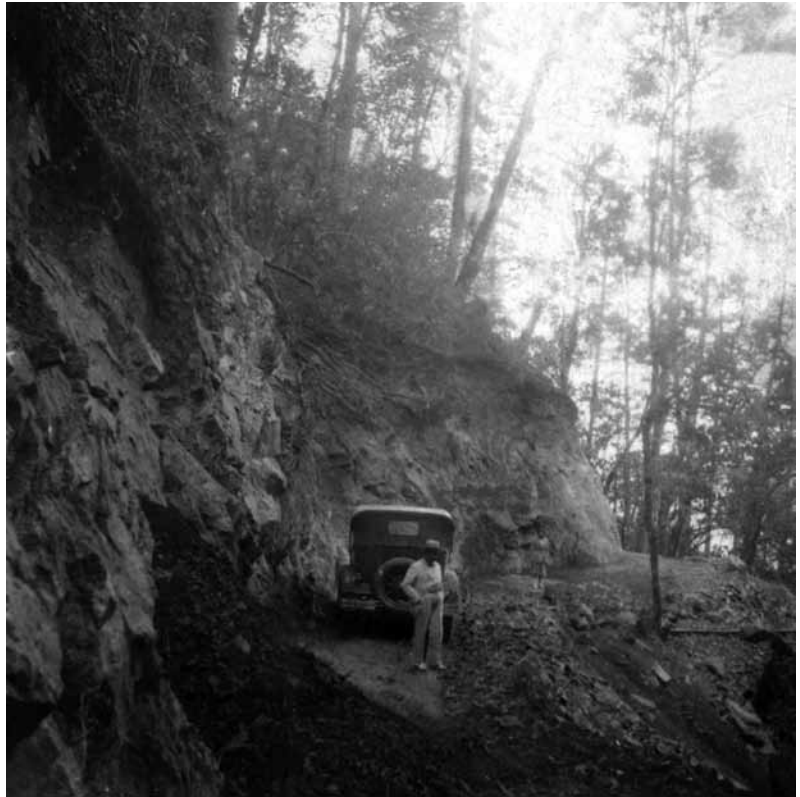
La posrevolución

La segunda década del siglo XX se abrió en Oaxaca con la candidatura a gobernador de García Vigil quien, entre otros puntos, proponía en su campaña el “mejoramiento de la clase indígena, la difusión de la educación popular, el establecimiento de escuelas para maestros, y atención al problema agrario”. Esta última había sido una de las promesas más importante de la Revolución que

*Visita del Señor Francisco
Ramos Ortiz, Jefe de la Defensa
Social del distrito de Pochutla,
para tratar el establecimiento de una
línea telefónica, San Agustín Loxicha,
Pochutla, junio de 1929. AHSEP.*



Camino a Pochutla,
ca.1938. CJAP.



los gobernantes en turno habían intentado abordar, desde la promulgación de la Ley Agraria de 1915. En agosto de 1916 se instauró en la entidad la Comisión Local Agraria (CLA); ésta dependía de la Comisión Nacional que funcionaba en México y era la primera instancia a la que tenían que recurrir los pueblos para la dotación de los ejidos y la restitución de las tierras comunales, de las cuales habían sido despojados. Muy lentamente las comunidades empezaron a plantear sus demandas de tierras y, entre 1916 y 1923, la CLA recibió seis solicitudes de Pochutla, seis de Juquila y 16 de Jamiltepec; ninguna de ellas obtuvo resolución favorable. El problema agrario en la región persistió a causa de las presiones de los



Paseo rumbo a la Laguna de Tonameca, Pochutla, 1944. CJAP.

grupos de poder financiero y sus contubernios con las autoridades locales y regionales.

En el distrito de Jamiltepec, las alianzas políticas y las posiciones de poder de algunas familias favorecieron el aumento del ganado y el desarrollo agrícola en las mejores tierras, relegando a pie de monte y cerros a la población indígena mixteca. En este sentido hay que recordar a personajes como Juan José Baños, quien gozó de una posición de liderazgo entre la clase política regional y tejió redes a nivel estatal y nacional. Además, entre los constitucionalistas que lucharon con él, se encontraban rancheros y familiares de terratenientes del lugar, a favor de quienes el ex capitán agilizó o retrasó la legalización de la propiedad ejidal o comunal (Lara, 2008: 95).

Si bien durante el conflicto armado fue destruida mucha infraestructura de fincas, haciendas y ranchos, y muchos animales fueron sacrificados y vendidos por los grupos en lucha; las actividades productivas y comerciales no se paralizaron. Para la década de los veinte Pochutla era una población que concentraba los comerciantes de café más importantes, aquellos que manejaban las mayores sumas de dinero y tenían mayores créditos; en Jamiltepec y Pinotepa circulaba el capital de las transacciones de algodón, tabaco y ganado. La situación de los caminos mantenía a la región relativamente aislada del resto del estado y del país; sin embargo, los hombres y las mercancías seguían transitando por rutas bien establecidas: los bovinos eran llevados a Teziutlán (Puebla); el café, el algodón, el tabaco y el cacao salían del puerto de Minizo a Acapulco y Salina Cruz; mientras que Puerto Ángel era la puerta de entrada de la mercancía que se expedía en Pochutla y, sobre todo, el punto de embarque de toda la producción cafetalera de las zonas de Pluma Hidalgo y El Bule. Los años veinte también fueron la década de la construcción de las organizaciones de masas: partidos, sociedades, ligas, cooperativas y sindicatos empezaron a profundizar y difundir el programa social de la Revolución. En Oaxaca, bajo el gobierno de Genaro V. Vásquez se creó la Confederación de Partidos Socialistas de Oaxaca (CPSO) a la que se adhirieron el Partido Socialista de Jamiltepec y el Partido Socialista Revolucionario de Juquila (Arellanes, 2010: 388-389).

TIERRA, PRODUCCIÓN Y PODER, 1930-1970

La Revolución y sus promesas de cambio para el campo llegaron a la Costa hasta los treinta, cuando comenzó el reparto agrario. A finales de la misma década, en Jamiltepec se habían dotado 203,575 hectáreas a 55 ejidos, con 1600 beneficiados. En Pochutla y Juquila se confirmaron las propiedades de 44 comunidades, no hubo dotaciones de ejidos y se aprobaron pequeñas propiedades a partir de 1940; sin embargo, a pesar de las cifras la estructura agraria de la región en su conjunto no sufrió cambios relevantes.

En Juquila y Pochutla se mantuvieron propiedades de grandes extensiones así como las formas de sujeción de la fuerza de trabajo. Un cambio drástico en la tenencia de la tierra y la forma de explotación hacía prever un colapso en la producción del café, con consecuencias contraproducentes para la economía del Estado. Frente a tal argumento, ninguna demanda chatina o zapoteca sobre las tierras podía ser favorable (Bartolomé -Barabas, 1996: 85).

Persistieron así las familias de los antiguos acaparadores, quienes incrementaron su control sobre las actividades comerciales e implementaron nuevas formas de concentración de la tierra; comenzaban con el acaparamiento de la producción, el otorgamiento de créditos usurarios y, cuando estos últimos no eran devueltos, nuevamente la apropiación de tierras. Hacia finales de los treinta llegaron a Oaxaca representantes de empresas norteamericanas que ofrecieron préstamos sin intereses a quienes quisieran dedicarse al cultivo del café. Su acercamiento se debía a la crisis de la producción en Brasil, al aumento de los precios en el mercado internacional y al incremento de la demanda estadounidense. Los finqueros recibieron dinero para habilitar a pequeños productores, a quienes prestaban con altos intereses y pagaban precios inferiores a los que aplicaban a los compradores internacionales.

Así, las áreas de cultivo se incrementaron con la incorporación de pequeños productores indígenas, mismos que anteriormente habían sido obstaculizados debido a que los finqueros necesitaban de la mano de obra indígena para sus propias fincas. (Rodríguez, 2010: 285).

Chatinos: Indumentaria

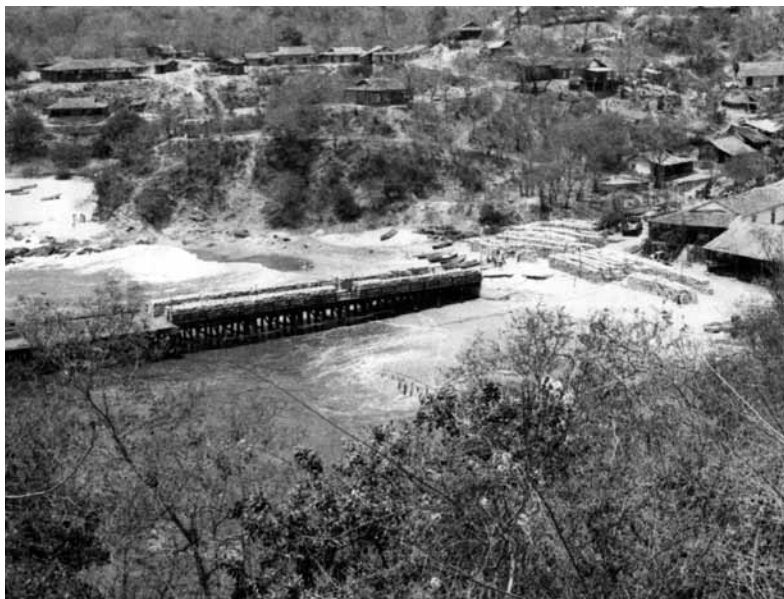
En la actualidad, la ropa del hombre se confecciona con manta de fábrica y se compone de calzón y una camisa en tierra caliente, o doble en tierra fría, además del sombrero de lana de color gris o negro, con un listón como toquilla. Los de Ixtapa lo usan de palma estilo mixteco. Los huaraches son de piel, unas veces curtida y otras sin curtir, y todavía andan mucho descalzos. Las mujeres, las pocas que todavía visten al estilo antiguo, usan falda azul, roja o listada de rojo y morado; huipil, *maztal* o ceñidor. Acostumbran confeccionar estas prendas personalmente, de algodón que allí mismo producen o que compran en las tierras costeñas. (...) El pelo lo llevan peinado en trenzas que atan con listones de colores vivos, predominando el amarillo o la correa de gamuza de venado. La camisa es de bata, y en ésta llevan bordados de palmitas, pajaritos, venados y otros animales hechos con hilo rojo o azul (Basauri, tomo II, 1990: 446).



*Rumbo a la finca,
Pochutla, s/f. CJAP.*

Entre 1940 y 1950 la demanda mundial elevó los precios del café y con ello creció la compulsión productiva de los finqueros que ahora ya no tenían la competencia de capitalistas extranjeros por la tierra, ya que durante la guerra mucha había sido expropiada. Hernández señala que durante esas décadas la burguesía comercial regional de Juquila, predominantemente mestiza y alfabetizada, consolidó su poder. Su mayor ingreso provenía de las transacciones comerciales que realizaban con los pequeños agricultores y asalariados rurales, a quienes compraban productos a precios bajos y vendían caras aquellas mercancías necesarias para la vida diaria. Las herencias, los matrimonios endogámicos y los negocios permitieron a esta burguesía comercial la construcción de fuertes relaciones estratégicas con las familias de los terratenientes. El resultado fue la concentración en pocas manos de los puestos políticos, la intermediación entre los pequeños productores y los grandes finqueros, y el control en los ámbitos regional y estatal del comercio nacional e internacional del café. Para entonces los

*Vista panorámica del muelle de
madera, café de exportación
listo para el embarque,
Puerto Ángel, 1950. AJAP.*



dueños de las fincas, quienes habían alcanzado el control de todos los niveles de mercadeo del producto, ya no necesitaban del dominio absoluto sobre el proceso de producción del café y permitieron la expansión del cultivo entre los pequeños productores (Piñón-Hernández, 1998: 87).

Como en el siglo XIX, el acaparamiento de tierra y producto, y la explotación de mano de obra, provocaron severos enfrentamientos entre las poblaciones indígenas y las familias mestizas que se fueron apoderando de la zona. El conflicto que se dio en Santa Lucía Teotepec, localidad chatina de Santo Reyes Nopala (Juquila), nos remite a la historia del desarrollo del café en la región y a su impacto en las relaciones sociales, económicas y de poder (Gopar, 2011). En dicha localidad, a finales del siglo XIX, el sacerdote de la parroquia pidió permiso a las autoridades del pueblo para cultivar y en las tierras que le fueron concedidas, en los límites de Teotepec con el municipio de Yaitepec, fundó la finca *Dolores La Constancia*. A su muerte, en 1918, el sacerdote y productor de café heredó la

Chatinos: Ocupaciones

Se dedican principalmente a la agricultura. Fabrican objetos de palma, que llevan a los mercados juntamente con sus productos agrícolas. Las mujeres, como ocupación principal después de sus quehaceres domésticos, se dedican a tejer huipiles, enaguas y otras prendas de vestir. (...) Los hombres también se dedican al cultivo del café, del que hacen buenas cosechas; otros acuden a alquilar sus brazos a las fincas cafetaleras. Los de Yaitepec, en general son arrieros. Es ésta una región de buenos pastos; la mayoría tiene ganado vacuno, aunque es de ínfima calidad (Basauri, tomo II, 1990: 448).

finca a sus hijos, dividiéndola en dos: *La Constancia* en Teotepec y *La Pachuca* en Yaitepec. La fuerza de trabajo que requería la finca provenía de estos dos municipios; durante la época de la “pizca” familias enteras acudían a trabajar, a lo largo de varias semanas recibían su salario a destajo. Al mismo tiempo, en Teotepec se habían formado pequeños productores del grano; éstos vendían sus cosechas al propietario de la finca quien, además de productor, se había convertido en su mayor comercializador. A finales de los cincuenta, el principal heredero de *La Constancia*, que había sido nombrado presidente municipal, instó a los pobladores de Teotepec a realizar tequio para construir una brecha que comunicara el pueblo con la finca, a fin de que él pudiera circular en automóvil. Al terminarse la obra pretendió prolongarla hasta Nopala para aproximarse a la carretera que el gobierno estaba construyendo de Oaxaca a Puerto Escondido, vía Sola de Vega. La apertura de la brecha de la finca al pueblo había sido un trabajo arduo, una labor colectiva; no así los beneficios, por lo que algunos comuneros se resistieron a continuar y la obra se detuvo. El finquero trató de disuadirlos argumentando que se trataba de una obra ordenada por el gobierno estatal y los *principales* organizaron una comisión que se trasladó a la capital del estado para informar de la situación a las autoridades centrales. No obstante, no todos se opusieron al finquero-cacique; las posturas se diversificaron y se creó un conflicto que dividió la comunidad: por un lado el presidente municipal, mestizo y dueño de la finca, con sus parientes, amigos y empleados permanentes; por el otro, los *principales* y otros jefes de familia de prestigio de Teotepec, que se mostraron inconformes con las pretensiones del cafetalero y reprobaron, por su abuso de poder, su desempeño como autoridad municipal.

La situación resultó en un enfrentamiento violento entre ambos grupos, agravado por la intervención de una patrulla militar a favor del finquero, que derivó en masacre. El enfrentamiento y la violencia fracturaron definitivamente a la comunidad: unas familias salieron huyendo y acabaron fundando un nuevo pueblo; Teotepec fue degradada a agencia de Nopala y perdió la categoría de cabecera parroquial. Gopar sostiene que en la base de este conflicto conflu-



*Escogiendo café
(viajando con Jaime Rojas),
Juquila, 1953. FCBV.*

yeron al menos dos dimensiones: por un lado, el establecimiento de un cacicazgo en el municipio por parte del finquero mestizo y la resistencia que opusieron los principales de la comunidad; por el otro, el monopolio de la producción y la comercialización del café, que enfrentó a los pequeños productores de la comunidad con el principal productor. Aquí, las relaciones de poder, vinculadas a la situación étnica, jugaron un papel fundamental en el desarrollo del conflicto, donde la red social y productiva tejida en torno al cafecultor y a su familia, replanteó las relaciones en la comunidad, llevándola a la violencia y a la desintegración (Gopar, 2011: 11-13).

Otro actor que intervino en la historia del aromático en

la región fue el gobierno mexicano, al crear en 1948 el Instituto Mexicano del Café (INMECAFÉ), que en su primera década de vida se limitó a realizar trabajos estadísticos y censales sin desarrollar acciones directas en el campo. En 1958, debido a nuevos acuerdos internacionales sobre el comercio del aromático, a una baja en los precios, a la expansión de la superficie cultivada nacionalmente y a la necesidad de promover el consumo interno; el INMECAFÉ renovó su existencia. En realidad, aunque entre sus objetivos destacaron mejorar y defender el cultivo, beneficio y comercio del café mexicano tanto en el país como en el extranjero; su actuación sólo favoreció la producción agrícola y fue poco efectiva en cuanto a la comercialización del grano. Hasta los setenta

Población negra: Leyes, reglamentos, costumbres

Todos los pueblos se encuentran ubicados en terrenos pertenecientes a los latifundistas de la región. Tanto en estos pueblos como en los campos, los negros tienen libertad para construir su casa en el lugar que mejor les parezca, utilizando el terreno y el material que extraen de los montes sin pagar nada por ellos al propietario. Esta aparente magnanimidad de parte de los latifundistas, se explica por el hecho de que los únicos compradores de los productos son ellos mismos, que fijan los precios a su gusto, y aquellos individuos que viven en sus pertenencias trabajan, por decirlo así, para el beneficio exclusivo del dueño. Además, siempre que necesitan peones ocupan a estos mismos individuos, pagándoles su jornal con mercancías carísimas y no más de 50 centavos por día (Basauri, tomo III, 1990: 622).

la presencia del INMECAFÉ en el campo fue marginal y en las regiones campesinas el acaparador, el intermediario o el finquero-industrializador siguieron imponiendo bajos precios, sin que el Instituto pudiera o quisiera impedirlo (Bartra-Cobo-Paz, 2011: 184-186).

En cuanto al distrito de Jamiltepec, si bien el reparto agrario se dio de manera más extensa y rápida que en los otros dos distritos de la región, la mayoría de la tierra siguió en manos de unas pocas familias. Grupos de poder político y económico consolidados y sus alianzas tanto al interior de la región como con las élites gobernantes, determinaron un incremento de las zonas ocupadas por el ganado y el desarrollo agrícola que impulsó la apropiación de las mejores tierras a favor de unos pocos, quienes mantuvieron el control de la región ahora bajo la figura de ejidatarios. La actividad ganadera en especial detonó importantes conflictos entre los campesinos que necesitaban la tierra para su subsistencia y los grandes propietarios empeñados en una producción agropecuaria altamente comercial, que demandaba la ocupación de espacios extensos. El ejido de Jamiltepec se creó en el municipio del mismo nombre, mediante Resolución Presidencial en 1938, con una extensión de 48,374 hectáreas distribuidas a 1,020 ejidatarios. En realidad las tierras nunca se deslindaron y fraccionaron en parcelas, así que cualquier persona –en contra de las leyes ejidales– podía usufructuar la extensión y la calidad que quisiera, siempre y cuando contara con dinero para poder cercarla. Transcurrido algún tiempo, el detentador ilegal llegaba a ser considerado dueño de la tierra, pudiendo incluso hacer transacciones con la misma (Luna, 2010: 147).

Para la década de los cincuenta el estado de la propiedad tanto privada como ejidal era muy confuso; pocos conocían los linderos de sus propiedades y era común que tanto pequeños propietarios como ejidatarios se invadieran mutuamente. El campesino sembraba donde podía y cuando quería, los terrenos de agostadero que no estaban cercados eran considerados como propiedad comunal y los utilizaba cualquiera (Patiño-Cárdenas, 1955: 24). La mayor parte de los ejidatarios vivían concentrados en la cabecera distrital, se dedicaban a la agricultura en sus tierras de lomeríos y el resto del ejido se hallaba semivacío. Al suroeste y en los bajíos

Indumentaria de las mujeres mixtecas
Las prendas básicas de la indumentaria de la mujer indígena consisten en la falda o enredo, la faja y el *huipil*. (...) El *huipil* tiene la misma forma que el que se usa en ciertas partes de México. Incluye tres aberturas, una para la cabeza y dos para los brazos, pero éstas no se utilizan y la prenda se asegura debajo de un brazo como si fuera un solo lienzo de tela. En la ceremonia de casamiento la mujer utiliza la apertura correspondiente a la cabeza, pero no mete los brazos en las mangas del *huipil*. Al vestir el cadáver de una mujer, el *huipil* se pone utilizando el cuello y las mangas (Drucker, 1990: 26-27).

del ejido se ubicaban San José Río Verde y otras rancherías, en donde había alrededor de 3,300 hectáreas de tierra de buena calidad mantenida por ejidatarios, la mayoría negros, que tenían poco contacto con los demás campesinos.

La zona llegó a ser teatro de disputa entre los ejidatarios y los grupos de poder económico y político del municipio de Jamiltepec y Pinotepa Nacional, por el control de la producción y comercialización de varios productos. La población nativa se dedicaba a la explotación de la palma real y el ganado. Los productores locales hacían alianzas comerciales con uno y otro bando económico para explotar la palma real; mientras que los acaparadores llegaron a establecer convenios sin valor legal con el poder político y judicial para asegurarse el mercado regional. Productores de la élite económica de Jamiltepec tenían tierras donde cultivaban maíz y ajonjolí, explotaban la palma real y el ganado, dando trabajo a un número importante de personas de la población negra y manteniendo su control al interior del ejido. Finalmente, algunos ganaderos de Pinotepa Nacional tenían gran cantidad de cabezas de ganado en esa parte del ejido. Si bien la fracción mayoritaria del ejido era agrícola, a partir de la década de los cincuenta el sector ganadero empezó a solicitar autonomía agraria del resto del ejido pidiendo que se formara uno nuevo. Los ganaderos presionaron para cambiar el uso de suelo, no pagar impuestos, aumentar el número de cabezas de ganado y hectáreas para encierro; de hecho los animales vagaban sueltos, entraban a las siembras de los campesinos y sus dueños no pagaban a los afectados los pastos que los animales se comían. La indefinición de los límites parcelarios permitía que los ganaderos usurparan cada vez más hectáreas a los campesinos quienes, al ver invadida sus parcelas de maíz y ajonjolí, no tenían otra alternativa que acercarse a los lomeríos para cultivar. En 1959 comenzaron a llegar familias de los estados de Guerrero, Michoacán y el Estado de México que traían ahorros para invertir en las tierras de San José Río Verde en el cultivo de palma real, maíz y ajonjolí; su forma de trabajar era rápida y eficaz: desmontaban, cercaban y seguían desmontando en otro sitio. La nueva situación derivó en un conflicto que enfrentó al Centro



Señor y niño, Puerto Escondido, Juquila, s/f. CFJHP.

Coordinador del Instituto Nacional Indigenista (CCI del INI) con el Departamento de Asuntos Agrarios y Colonización (DAAC), y a las autoridades ejidales locales con los grupos de poder. La disputa se concluyó en 1966 con la expulsión y parcial indemnización de los “invasores” (Luna, 2010: 149-160).

Una parte de los expulsados llegó al territorio del municipio de Tututepec (Juquila) contribuyendo a la fundación de los Nuevos Centros de Población Ejidal (NCPE) Benito Juárez (1965) y Zárata Albarrán (1964). Tututepec, a su vez, contaba con un pasado de colonizaciones y había sido escenario de fuertes conflictos entre comuneros y los miembros de una élite política y económica de la zona quienes, reunidos en la *Sociedad Agrícola de Tututepec*, habían logrado apoderarse de considerables extensiones de tierra. Para mediados del siglo XX la mayoría de los comuneros de Tututepec no poseían buenas tierras, vivían en condiciones de subsistencia, arrendaban tierras o cultivaban pequeñas parcelas ubicadas en el cerro. El cobro de la renta no era homogéneo y en buena parte dependía de quién era el arrendador, la relación que establecían con él y la calidad de la tierra. Los indígenas eran sometidos por los caciques a cobros excesivos tanto por las rentas como por la explotación del trabajo; además tenían que entregar al arrendatario una tercera parte de la cosecha, la producción restante se la vendían a los mismos que se decían dueños de la tierra y eran comerciantes, casi todos mestizos. Para cuando llegaron los colonos de Guerrero, a principio de los sesenta, los comuneros de Tututepec ya habían solicitado al Departamento Agrario de Oaxaca la confirmación y titulación de sus bienes comunales (1952). Amparados en Títulos Primordiales de origen colonial, defendieron como parte de su territorio la superficie decretada en 1937 Parque Nacional Lagunas de Chacahua; los ejidos Benito Juárez y Zárata Albarrán; y la propiedad privada controlada por la *Sociedad Agrícola de Tututepec*, por Gudelia Barete y por las familias Bermúdez y Rojas. La titulación de los bienes comunales llegó en 1996; en ellos quedó incluido el Parque Nacional, una parte de las tierras de Guillermo Rojas y 3000 hectáreas de Gudelia Barete; no así los ejidos de los NCPE (Lara, 2008: 106-108).

ESTADO Y POLÍTICAS PÚBLICAS, 1930-1970

Las dinámicas de producción y poder que se dieron en la Costa se engarzaron con otros factores importantes que marcaron su historia contemporánea; entre ellos encontramos las colonizaciones espontáneas y aquellas dirigidas por instancias gubernamentales, el desarrollo (lento y reducido) de servicios básicos y la llegada del Centro Coordinador del INI en 1954.

Las colonizaciones

Un aspecto notable de la política agraria posrevolucionaria que también favoreció la apropiación de tierras por particulares, fueron

Jamiltepec, 1955. © Anónimo CDI-FNL.



los proyectos de colonización, que se dieron entre 1920 y 1970.

Para el distrito de Juquila, el primer intento se remonta a los inicios de los años veinte, cuando el gobierno de Obregón patrocinó el establecimiento de una colonia de 25 agricultores de la región lagunera del norte del país, en tierra de Charco Redondo entre el Río Verde y la Laguna de Chacahua, elegida para el cultivo de algodón en gran escala. Pese al apoyo proporcionado por el gobierno, la iniciativa fracasó y, al poco tiempo, los colonos coahuilenses abandonaron la zona.

Otro lugar de tierras planas de interés para colonizar fue la zona del pueblo de Río Grande. Aquí, los terrenos ubicados en los márgenes del Río Grande hasta Manialtepec pertene-

Los negros

Los negros trabajan en las tierras comunales; muchos de ellos van a pescar camarones y pececitos en las numerosas lagunas que se extienden en las tierras bajas, así como en el río Verde. Entre ellos encuentran los mestizos sus vaqueros y sus mozos o peones. Los negros viven juntos, y suben rara vez a Jamiltepec. Sus casitas son de madera, cubiertas con un techo de palma o de tejas: son pobres (Flanet, 1985: 72).

cían a la familia Del Valle, que en 1950 auspició la colonización de 12000 has. de su propiedad; a su vez la Comisión Nacional de Colonización (CNC) contó con una autorización para que se ocuparan un total de 22000 has. En los primeros años los colonos recibieron las parcelas sin ningún anticipo y se les permitía construir sus casas con la condición de cultivar la tierra y de vender los productos preferentemente a la familia Del Valle. Los lotes iban desde cinco hasta cien hectáreas y su precio dependía de la calidad de la tierra; Lara señala que en la venta de estos terrenos y la cesión de derechos hubo muchas irregularidades. En 1952 la CNC autorizó al ingeniero Del Valle la cesión de derechos a favor de la empresa denominada *Compañía Colonizadora Agrícola del Sur*. Dicha compañía vendió terrenos hasta la década de 1980 a unos cuantos rancheros, quienes instalaron propiedades ganaderas, actualmente las más importantes del lugar (Lara, 2008: 99, Alfaro-Escalona, 2002: 102).

El último caso que se dio antes de los setenta fue el ya mencionado establecimiento de colonos proveniente de Guerrero, quienes en 1964 fundaron los NCPE Benito Juárez y Zárate Albarrán.

Con respecto al distrito de Jamiltepec, la primera colonización se dio en 1934 en la hacienda *La Calzada* propiedad de Ismael Walls, ubicada cerca de Collantes, municipio de Pinotepa Nacional. La iniciativa, impulsada por el Gobierno Federal, se concretó con la instalación de 100 familias de estadounidenses, en su mayoría trabajadores urbanos, sobre una superficie de 1,000 has. Los colonos, quienes no contaban con experiencia en la labor agrícola, no recibieron apoyo por parte de la Comisión Nacional de Colonización, al encontrarse con terrenos sin deslindes y menos desmontados, pronto abandonaron la zona (Patiño, 1955: 25; Ornelas, 1988: 148-149).

En los sesenta, el CCI de Jamiltepec y la Delegación del Departamento de Asuntos Agrarios y Colonización (DAAC), determinaron el traslado de varias familias de la Mixteca Alta hacia la Costa. El INI sostenía que la migración debía de aligerar la presión demográfica del lugar de origen para ocupar vastos espacios “libres” de las áreas costeras, ayudando a integrar al desarrollo

El conflicto agrario en el ejido Jamiltepec
Problemas en el ejido, pues ya ni me acuerdo
cuántos años que empezaron aquí
de limite... Los guerrerense ya' taban cuando
nosotros llegamos, por eso no podía sacar
Comisariado, porque ya tenían su cosecha. Y
nos invitaron aquí pa'ca, nomás lo hicieron pa'
poder sacarlos...

Testimonio de Pablo Pérez Jiménez, 72 años,
originario de Santiago Yosonotu y colono de La
Esperanza, Jamiltepec (Luna, 2010: 146).

El profesor Leonel Chávez y los alumnos: Remedía Aquino, Maura Bustamante, Eugenia Bustamante, Rosalía Silva, Josefa Santiago, Carmela Herrera, Gilberto Ruiz, Puerto Escondido Juquila, s/f. CFJHP.



nacional las comunidades indígenas de esta zona. Entre 1963 y 1966, en un contexto de fuertes conflictos ejidales por la posesión de los recursos naturales, llegaron a la Costa colonos procedentes de distintos municipios de la Mixteca Alta que se asentaron en los predios llamados *La Tuza*, *La Esperanza* y *El Zarzal*. Los problemas de adaptación al medio natural, los escasos recursos económicos aportados por el INI, la falta de infraestructura productiva y social, así como de programas de asistencia técnica, provocaron que la mayor parte de las familias no se quedaran y decidieran regresar a sus lugares de origen o moverse a otros sitios de la república (Luna, 2010: 14, 110). Más silenciosas y menos estudiadas han sido las constantes migraciones espontáneas que se han dado tanto en el distrito de Juquila —es el caso de los colonos de Guerrero antes mencionados— como en el de Jamiltepec. Para este último, el comercio itinerante entre la Mixteca Alta y Baja y la Costa Chica, ha sido un factor determinante. Luna señala que a lo largo de las décadas, el intercambio comercial en donde participaron activamente los indígenas ha determinado que en casi todas las microregiones del litoral se encuentren habitantes que provienen de la Mixteca Alta, quienes llegaron a raíz de los viajes de los arrieros y de sus familias.

Escuelas, infraestructuras y comunicaciones

Un actor importante que acompañó la acción agraria del gobierno posrevolucionario, y que en muchos casos fue su único representante entre la población, fue el maestro. La política educativa de los treinta se caracterizó por una orientación doctrinaria y pedagógica que pregonaba la educación socialista y el mejoramiento de la clase proletaria. Los maestros, además de enfocar su enseñanza a la lectoescritura y al conocimiento, se dedicaron al desarrollo de actividades sociales y contribuyeron a mejorar la situación de la población y reafirmaron la presencia del Estado sobre el territorio. En ese sentido, su acción se concretó en la organización de los comités contra el vicio (alcoholismo, juego, tabaquismo); a favor de la mejora del hogar, los hábitos de higiene y alimentación; para ofrecer desayunos escolares; y desfanatizantes. En las áreas



Maestros recibiendo semillas de hortaliza. Escuela "Redención de la Raza", San Agustín Loxicha, Pochutla, mayo de 1929. AHSEP.

rurales e indígenas, la escuela fue el medio institucional y cultural escogido para “crear” la Nación; los maestros fueron los agentes encargados de lograr la homogeneización cultural a partir de elementos cívicos (fiestas, ceremonias y campañas) y lingüísticos (la castellanización y la alfabetización).

También en la Costa, como en las otras regiones del Estado, la escuela rural se difundió en los treinta. Para la zona de Juquila a partir de 1926 se fundaron las primeras escuelas rurales federales en las poblaciones de Santiago Cuixtla, Tataltepec de Valdés, San Isidro Temaxcaltepec, Panixtlahuaca y Teotepec; en 1932 Pinotepa de Don Luis inauguró la escuela primaria federal “Libertad”; en los Loxichas (Pochutla) a partir de la década de los treinta se instalaron escuelas primarias en San Agustín, Santa Catarina, Magdalena y San Vicente Yogondoy; y en 1937 el maestro Elías Alarcón quedó a cargo de la primera Escuela Rural Federal de Collantes. En esa época, esta población del distrito de Jamiltepec contaba con



Los alumnos en la clase de educación física. Escuela Redención de la Raza, San Agustín Loxicha, Pochutla, mayo de 1929. AHSEP.

una población de 878 habitantes (835 analfabetos), en su mayoría afrodescendientes; la escuela llegó a educar 62 niños de un total de 259 en edad escolar. La situación de pobreza y los problemas de salud e higiene de la comunidad determinaron que las acciones del maestro Alarcón trascendieran los límites del aula. Habitar en el pueblo le permitió tener un acercamiento más estrecho con la comunidad, su compromiso con la educación y la población lo llevaron a enfrentar las carencias de la infraestructura escolar y los intereses de quienes no querían trabajadores alfabetizados. En sus veinte años de labor, el maestro Alarcón logró fomentar la cultura cívica y la historia nacional tanto como la cultura y la tradición local; trabajar en la alfabetización de niños y adultos e impulsar el mejoramiento de la higiene de hogares y personas (Fuentes, 2012).

En otras zonas de la región, la intervención en temas de salubridad de la población fue más lenta y tardía. Los servicios básicos de luz y agua entubada, así como los médicos y los centros de salud,

llegaron a partir de los sesenta. En Nopala el servicio de agua potable comenzó a funcionar en 1961 y el de energía eléctrica en 1970; su primer médico llegó en 1960. En Santa Catarina Juquila el agua potable se introdujo en 1967 y la electricidad dos años después; sólo hasta 1974 el pueblo recibió su primer Centro de Salud Rural Disperso. Para 1964 el inspector escolar federal de la zona N° 12 (distrito de Pochutla) reportaba que las casas no llenaban el mínimo requisito de higiene, las familias vivían con los animales, sufrían de paludismo, las localidades carecían de drenaje y agua potable. La contaminación del agua así como la mala alimentación causaban, en la mayoría de la población, enfermedades graves como cirrosis, amibiasis y otros padecimientos hepáticos, ligados con la desnutrición y el alcoholismo (*Oaxaca*, 1965).

Las comunicaciones siguieron deficientes hasta los sesenta; el interior de la región se recorría por caminos de herradura; al exterior la comunicación era marítima y aérea. En cuanto a vías terrestres, la mayoría de los pueblos eran comunicados por caminos vecinales transitables a pie o a caballo; algunas brechas permitían el paso de vehículos de motor solo en temporada de seca, existían por la voluntad y el esfuerzo de las poblaciones que, gracias al tequio, permitieron la circulación de las personas y sus productos. Había un camino de tierra para automóviles que iba de Tututepec a Puerto Escondido, y otro de herradura hacia el norte que llegaba a Nopala; de aquí a su vez partía otro a San Pedro Mixtepec, por donde transitaban los productos agrícolas con destino al embarcadero de Puerto Escondido.

Solo hasta el sexenio del gobernador Alfonso Pérez Gazza (1956-1962) se concluyeron las carreteras Oaxaca- Puerto Ángel, y Oaxaca-Sola de Vega-Puerto Escondido. En 1963 se encontraba en construcción la carretera Acapulco- Puerto Escondido y para 1969 ya estaban avanzados los trámites para ampliar la costera hasta Huatulco. Las comunicaciones marítimas, debido a la falta de fondeaderos para recibir embarcaciones de gran calado, fueron desapareciendo (Minizo se cerró en 1939); mientras que la vía aérea intentaba compensar las dificultades de las comunicaciones terrestres. Vuelos regulares de pasaje y carga enlazaban las



Campo de aviación de Pochutla,
ca. 1960. CJAP.

principales poblaciones de la Costa, alcanzando también Oaxaca, Puebla, Acapulco y la Ciudad de México. En 1950 Río Grande, Pochutla, Jamiltepec, Cacahuatpec, Tututepec y Pinotepa Nacional contaban con campo aéreo; en los ochentas Puerto Escondido y Huatulco inauguraron sus aeropuertos internacionales.

El Instituto Nacional Indigenista en Jamiltepec

A finales de la década de 1940 el Gobierno mexicano decretó la constitución de INI, su misión era llevar a cabo acciones integrales que consideraran el establecimiento de escuelas, caminos, mejoramiento de la agricultura, sanidad ambiental y salud. Bajo el esquema de una política de asimilación e integración del indígena al desarrollo del país, el INI sostenía el planteamiento de Aguirre Beltrán para quien el mestizaje, la castellanización y la mexicanización

El INI y los mestizos

Los mestizos no quieren que el gobierno construya caminos por la siguiente razón: se derrumbarían muchos monopolios; los naturales (los indios), venderían sus productos agrícolas a mejores precios; inmigrarían a lugares donde podrían conseguir mejores sueldos y mejores tratos. Según los mestizos, los forasteros se llevarían las riquezas de la región; por último, –cosa que no dicen– se acabaría el caciquismo (Prince, 1954:14).

Educación formal en Jamiltepéc

Por lo que se refiere a la educación oficial federalizada que da el Estado en las escuelas primarias, debe decirse que en cada pueblo de indios, cabecera de municipio, hay un plantel mixto rural de tipo unitario porque sólo tiene un maestro no titulado que atiende regularmente no más de cuarenta niños de ambos sexos (...), llegando cuando más al tercer año de estudios defectuoso, con la circunstancia de que en los conocimientos que se imparten es usado únicamente el idioma español, cosa que dificulta sobremanera el avance cultural de los niños debido a que no entienden lo que se les enseña porque ellos únicamente conocen el mixteco (...) (Fabila, 2010: 203-204).

Construcción de la escuela

Redención de la Raza,
San Agustín Loxicha, Pochutla,
mayo de 1929. AHSEP.

zación contribuirían a contrarrestar los cacicazgos regionales, liberando al indio de su atraso y pobreza. Las labores del INI y de las instituciones educativas y agrarias de ese tiempo, representaban la acción política y de justicia social a la que el Estado posrevolucionario se había comprometido. Así, las atribuciones y los recursos públicos con que los Centros Coordinadores del INI contaron, les dieron un papel protagónico en el desarrollo y progreso de las comunidades en los sitios a los que otras instituciones gubernamentales aún no habían llegado o estaban en manos de agentes locales que, con intereses económicos y políticos en la región, a menudo se inclinaban por sostener situaciones de abuso, despojo o corrupción (Lara, 2008: 79, 83).

En este contexto, en 1954 se fundó el Centro Coordinador Indigenista en el municipio de Jamiltepec. Una de sus primeras tareas fue, como ya se mencionó, impulsar el éxodo de mixtecos desde la zona Alta al litoral, acción que se insertó en una vasta intervención en sectores como construcción de caminos, salubridad, educación, agricultura y asesoría jurídica. En cuanto a las comunicaciones, el INI se instaló en una zona de vías antiguas, deficientes y precarias. Existía un camino real utilizado por los comerciantes y arrieros mixtecos que salía de Orizaba (Veracruz) y, atravesando la Mixteca





Jamiltepec, 1955. © Anónimo CDI-FNL.

El CCI y la escuela en Jamiltepec
El tercer tipo de educación en la zona es la formal mixta laica que imparte el Centro Coordinador de las Mixtecas del Instituto Nacional Indigenista, enseñanza que se da a los nativos de ambos sexos con el auxilio de la lengua materna a través de promotores culturales especiales mixtecos bilingües, cosa que según nuestras observaciones, incuestionablemente produce los mejores resultados (Fabila, 2010: 206-207).

Alta, llegaba a Pinotepa Nacional; otros dos comunicaban esta misma localidad con los poblados de la zona costera y con Collantes. En este contexto, el CCI de Jamiltepec promovió la construcción de brechas que facilitaron la comunicación entre poblaciones cercanas así como los enlaces con la carretera costera o el camino Huajuapán-Jamiltepec que se concluyó a principio de los sesenta.

El CCI de Jamiltepec intervino también a favor de la salubridad y el saneamiento. Los promotores fundaron molinos de nixtamal; en los hogares construyeron braceros, molenderos, y camas altas, así como letrinas y espacios apropiados para los animales domésticos (Fabila, 2010:109). Con el INI llegaron clínicas a Jamiltepec, Huazolotitlán y Pinotepa de Don Luis, además de varios puestos de

salud. Se inició el tratamiento intensivo contra el “mal del pinto”, se llevó a cabo una campaña contra el paludismo mediante rociado de DDT y se aplicaron vacunas para prevenir sarampión, tos ferina, varicela y viruela.

En el sector educativo, el INI logró incrementar la construcción de aulas escolares en las que prestaban servicio profesores titulados, maestros rurales y promotores culturales. Un avance importante se dio cuando la SEP y el INI sellaron un acuerdo para la creación de una nueva zona escolar. Para ello el INI se comprometía con la preparación de jóvenes mixtecos como promotores de educación que, una vez capacitados, dependerían de la SEP. Estos nuevos maestros rurales quedaban comisionados en la región para prestar su servicio como maestros bilingües. En 1964 el Inspector de Educación Federal de Jamiltepec señalaba que el CCI estaba integrado por un cuerpo de técnicos y profesionistas quienes, impulsando la construcción de letrinas, cajas de agua, lavaderos, talleres de costura, construcción de clínicas, puestos médicos y todas aquellas actividades que tienden a mejorar las condiciones de vida de los pueblos, colaboraban para el desarrollo integral de las comunidades. Para esa fecha la mayoría de las escuelas de la zona contaba con parcelas, algunas sembradas con cafetos, un ingeniero agrónomo del CCI colaboraba en sus cultivos; además, trabajaban 29 promotores bilingües preparados por el INI para la castellanización y la enseñanza de la lectura y la escritura en lengua materna (*Oaxaca*, 1965: 272).



Síndico municipal, regidores y secretario municipal. Escuela Redención de la Raza, San Agustín Loxicha, Pochutla, mayo de 1929. AHSEP.



*Los alumnos en la clase de educación física. Escuela Redención de la Raza,
San Agustín Loxicha, Pochutla, mayo de 1929. AHSEP.*



*Los niños trabajando para la construcción de una casa para la maestra.
Escuela Redención de la Raza, San Agustín Loxicha, Pochutla, junio de 1929. AHSEP.*



*Manuela Martínez, Señorita América,
Pochutla, 1936. CIAP.*



*Camión Fagiol, carro alemán de diesel que cargaba 30 sacos de café.
Sus ruedas eran de madera y no tenía llantas, era hule crudo pegado al rin,
muy fuerte pero muy duro, Pochutla, ca. 1940. CJAP.*



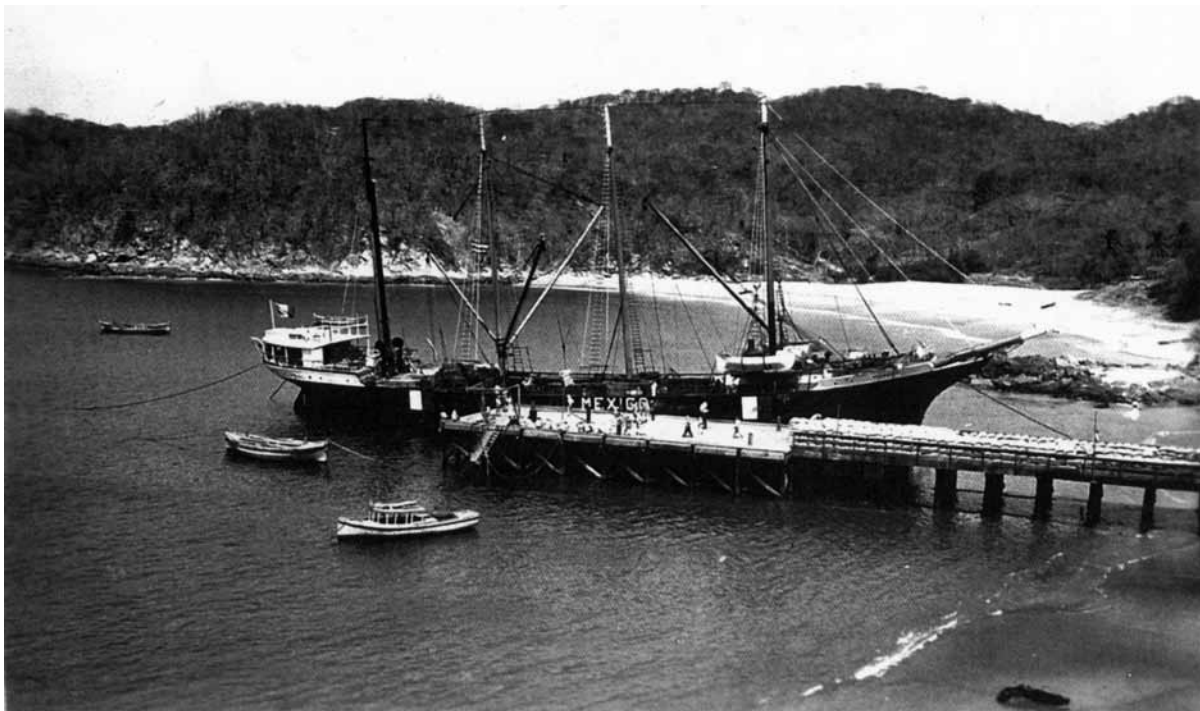
*Niños en edad escolar. La Esperanza,
Tlacamama, Jamiltepec, 1940. AHSEP.*



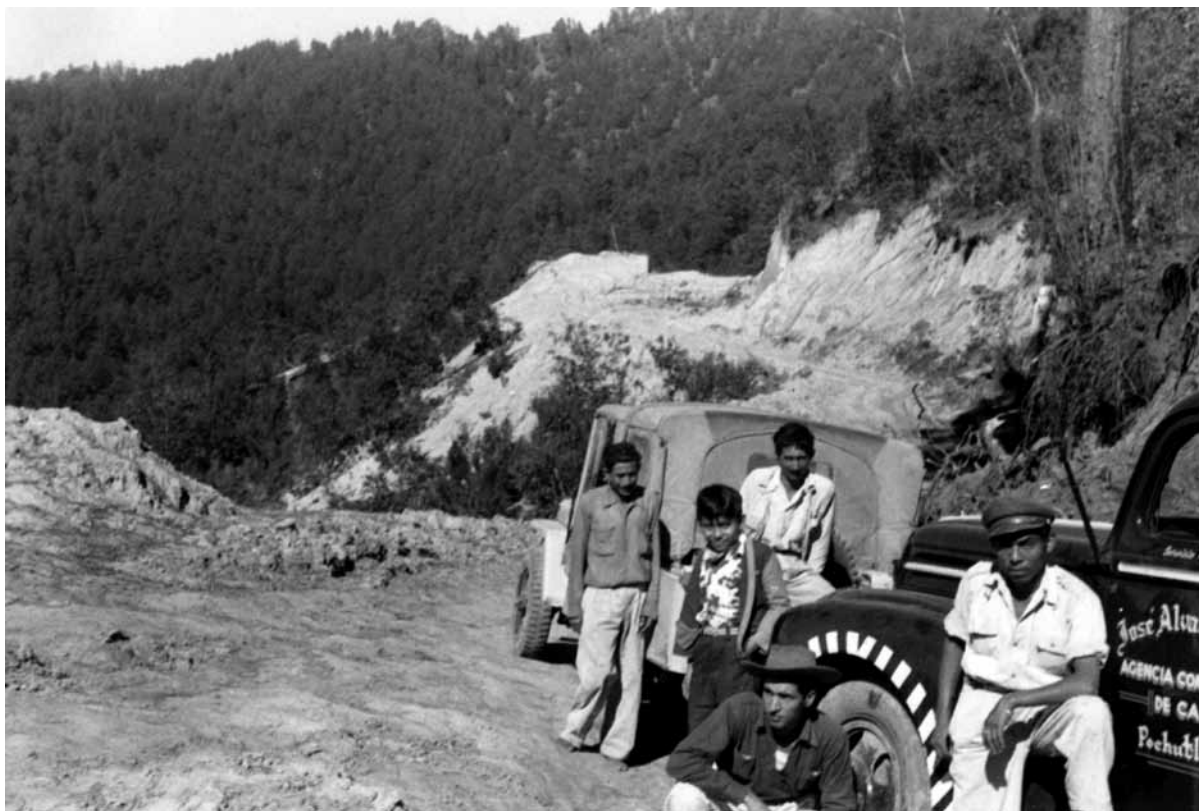
Centro de Pochutla, 1945. CJAP.



*Atravesando el Río Copalita para ir a las fincas a recoger café,
en partes pasaba el agua dentro de la cabina, solo se podía atravesar "vadeando"
y en tiempo de secas, Pochutla, 1947. AJAP.*



Puerto Ángel, ca. 1950. CJAP.



*Brecha en la zona de Pluma Hidalgo,
Pochutla, ca. 1950. CJAP.*



Pochutla, ca. 1950. CJAP.



*Coastal Adventurer, barco americano de gran calado
que venía de San Francisco a recoger café que se exportaba,
Pochutla, 1952. CIAP.*



Cargando la recua,
Juquila, 1953. FCBV.



Tramo de Pochutla a Puerto Ángel, s/f. CIAP.



Jamiltepec, 1955.
© Anónimo CDI-FNL.



San Pedro Jicayán, Jamiltepec, 1955. © Anónimo CDI-FNL.



Jamiltepec, 1955. © Anónimo CDI-FNL.



San Pedro Jicayán, Jamiltepec, 1955. © Anónimo CDI-FNL.



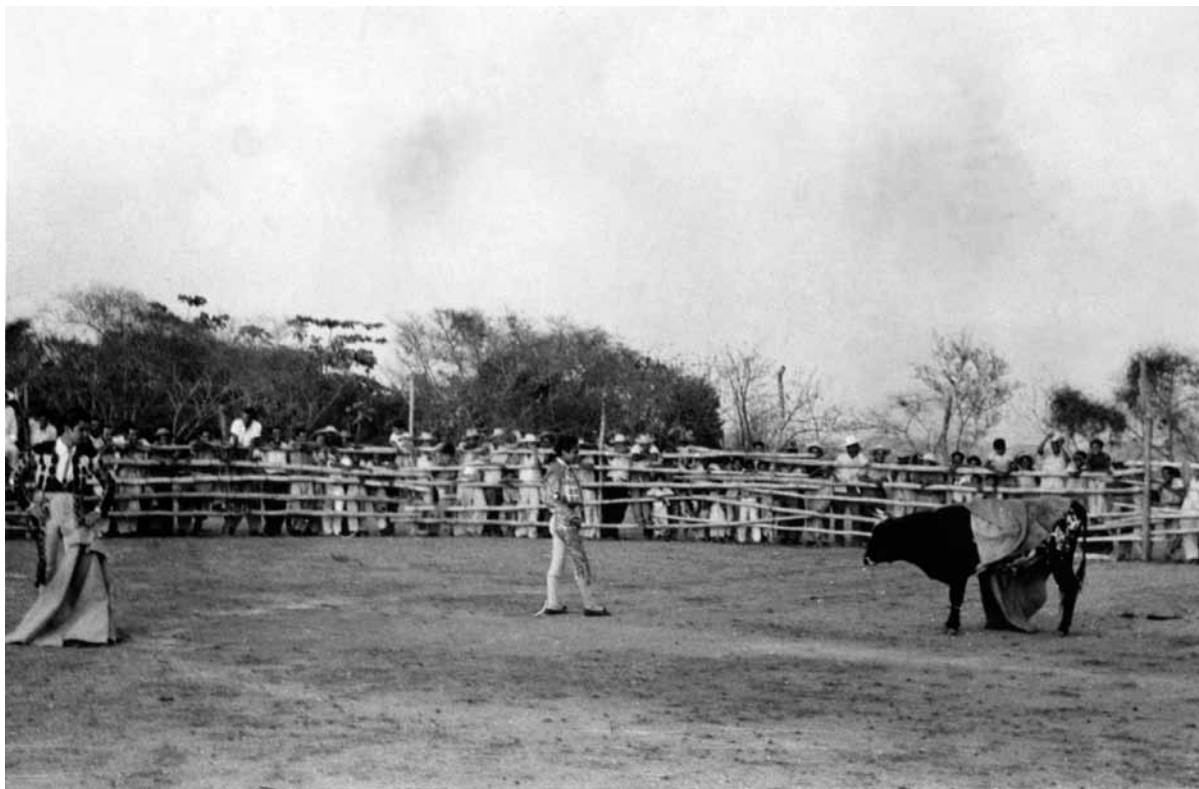
Jamiltepec, 1955. © Anónimo CDI-FNL.



Panorámica de San Gabriel Mixtepec,
Juquila, 1966. FCBV.



*Efrén Pérez Silva, fundador de Puerto Escondido
en Playa Marinero con atarraya de ojotone,
Juquila, s/f. CFJHP.*



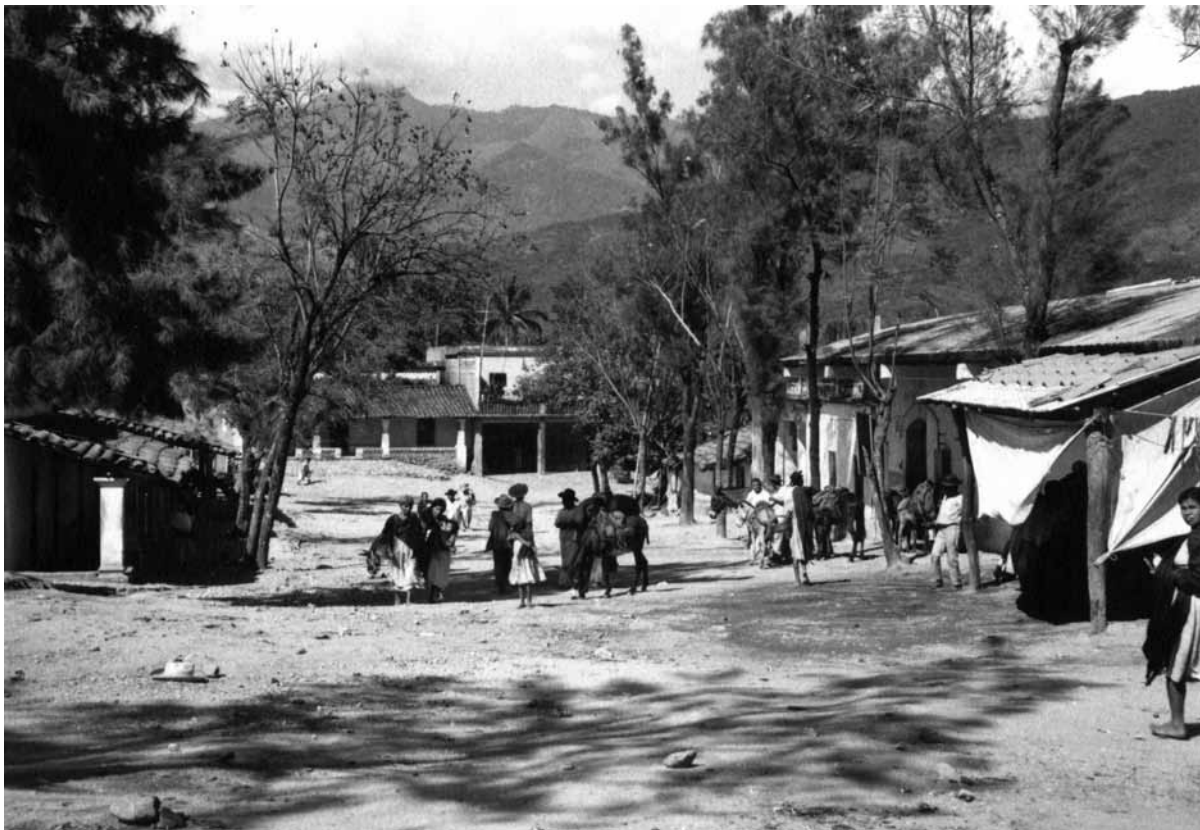
Corrida de toros,
Pochutla, ca. 1960. CJAP.



Doña Escolástica Bautista, Señor Emeterio y esposa, fundadores de Puerto Escondido, Juquila, s/f. CFJHP.



*Palacio municipal,
Pochutla, s/f. CJAP.*



*Llegando a Santos Reyes Nopala,
Juquila, 1966. FCBV.*

Relación de archivos fotográficos

AHSEP

Archivo Histórico de la Secretaría de Educación Pública

CDI-FNL

Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas. Fototeca Nacho López.

CFJHP

Colección fotográfica del Mtro. Julio Horta Pérez

CJAP

Colección José Álvarez Padilla

FCBV

Fundación Cultural Bustamante Vasconcelos A.C.

Bibliografía

Alfaro, Inti Escalona, “El proceso de colonización: poblamiento y formación de localidades”, en: Mara Alfaro Mara, Gustavo Sánchez (Coords.), *Reflejos de un parque*, CONANP, PNUD, CIESAS, Semarnat, Plaza y Valdés, SA de CV, México, 2002.

Arellanes, Anselmo, “La confederación de Partidos Socialistas de Oaxaca”, en: Víctor Raúl Martínez (Coord.), *La Revolución en Oaxaca [1900-1939]*, Carteles Editores, Oaxaca, 2010.

Bartolomé, Miguel, Alicia Barabas, *Tierra de la palabra: historia y etnografía de los chatinos de Oaxaca*, IOC, INAH, FOESCA, México, 1996.

Bartra, Armando, Rosario Cobo, Lorena Paz, *La hora del café dos siglos muchas voces*, SEMARNAT, CONABIO, Gobierno del Estado de Chiapas, CONACULTA, Circo Maya, México, 2011.

Basauri, Carlos, *La población indígena de México*, INI, CONACULTA, tomos II y III, México, 1990.

Campos, Luis, “Negros y morenos. La población afroamericana de la Costa Chica de Oaxaca” en: Miguel Bartolomé y Alicia Barabas, (Coords.), *Configuraciones étnicas en Oaxaca. Perspectivas etnográficas para las autonomías*, INI, CONACULTA-INAH, México, 1999.

Chassen-López, Francie R., *Oaxaca entre el liberalismo y la revolución. La perspectiva del sur (1867-1911)*, UABJO, UAM Iztapalapa, UK, Oaxaca, 2010.

Chassen-López, Francie, Héctor Martínez, “El retorno del milenio mixteco: indígenas agraristas vs. rancheros revolucionarios en la Costa Chica de Oaxaca, mayo de 1911” en: *Cuadernos del Sur*, Año 2, no. 5, México, Septiembre-diciembre 1993.

Drucker, Susana, *Cambio de indumentaria*, INI, CONACULTA, México, 1990.

Fabila, Alfonso, *Mixtecos de la Costa. Estudio etnográfico de Alfonso Fabila en Jamiltepec, Oaxaca (1956)*, Pioneros del Indigenismo en México 3, CDI, México, 2010.

Flanet, Verónica, *La madre muerte. Violencia en México*, FCE, México, 1985.

Fuentes, Eric, *Educación rural en Pinotepa Nacional, Oaxaca. Escuela e identidad entre mixtecos y afrodescendientes, (1930-1940)*, Tesis de licenciatura, ENAH, México, 2012.

Gopar, Tania, *Comunidad y relaciones étnicas en un pueblo chatino: reconstrucción histórica del conflicto suscitado en Santa Lucía Teotepec, 1957-1961*. Tesis de licenciatura, ENAH, México, 2011.

Lara, Gloria, *Política, espacio y construcción social del poder local-regional en la Costa Chica de Oaxaca*. Tesis de doctorado, CIESAS, México, 2008.

Luna, Xicohtencatl, *Un estudio de caso de la colonización dirigida desde la Mixteca Alta hacia la Costa oaxaqueña. Indigenismo, contacto comercial, conflicto agrario y reorganización comunitaria*. Tesis de maestría, CIESAS, Oaxaca, 2010.

Oaxaca, memoria del movimiento educativo, Dirección Federal de Educación en el Estado, Oaxaca, 1965.

Ornelas, José, “El periodo cardenista (1934-1940)” en: Leticia Reina (Coord.), *Historia de la cuestión agraria mexicana. Estado de Oaxaca, 1925-1986*. Vol. II, Juan Pablos Editor, S.A., Gobierno del Estado de Oaxaca, UABJO, CEHAM, México, 1988.

Patiño, Lorenzo, Hipólito Cárdenas, *Informe agroeconómico de la Mixteca de la Costa*, INI, México, 1955.

Piñón, Gonzalo, Jorge Hernández, *El café: crisis y organización*. IISUABJO, Oaxaca, 1998.

Prince, Simón, *Informe Sanitario sobre el Servicio Social realizado en Jamiltepec, Oaxaca y Estudio acerca de Parasitosis intestinal de la Región*, Tesis para obtener grado de Médico-Cirujano, UNAM, México, 1954.

Rodríguez, Adolfo, *La Costa de Oaxaca*, Universidad Autónoma de Chapingo, México, 2010.

Sánchez, Carlos, “Crisis política y contrarrevolución en Oaxaca (1912-1914), en: Víctor Raúl Martínez (Coord.), *La Revolución en Oaxaca [1900-1939]*, Carteles Editores, Oaxaca, 2010.

Vinson III, Benn, Bobby Vaughn, *Afroméxico*, CIDE, FCE, México, 2004.

COSTA

de Daniela Traffano

Este libro forma parte de la serie *Imágenes de una identidad*. Se terminó de imprimir y encuadernar en julio de 2012 en los talleres de Carteles Editores-PGO. Se usaron tipografías Garamond, Frutiger y Piron. Fue impreso en papel Suppolart mate de 130 gr. El cuidado de la edición estuvo a cargo de Daniela Traffano, Salvador Sigüenza Orozco y Judith Romero. El tiraje consta de 1000 ejemplares.

Población negra: Música y danza

Los instrumentos musicales propiamente regionales son la jarana y el violín, y podemos considerar dentro de éstos a la artesa, que aun cuando no es propiamente un instrumento musical, sino que la usan para bailar sobre ella, sustituye por el ruido que produce al ser golpeada con los pies rítmicamente y al compás de la música, al tambor o teponaxtle. Además cuentan con instrumentos de viento, tambores y platillos.

Cantan sones y corridos, acompañados de la jarana; estos corridos los han llevado a esas regiones los mestizos, y los negros los entonan deformando tanto la melodía como la letra.

El baile principal, que practican indefectiblemente en todos los fandangos es *La Chilena*.

Lo bailan por parejas separadas todos los concurrentes a la fiesta, y sobre la artesa dos hombres, que son los que dirigen el baile.

La artesa consiste en un tronco de huamacaxtle o parota ahuecado en forma de canoa, como de 2.50 metros de largo por un metro de ancho y 1.25 de alto. Se coloca con la parte ahuecada hacia el suelo, y la superficie, que es plana, se pule con piedra. Al golpear con los pies sobre la cubierta de la artesa, el ruido que produce se oye a una distancia de tres a cuatro kilómetros.

La serie *Imágenes de una identidad* aborda la vida pública y las políticas sociales que, a partir de la Constitución de 1917, se encaminaron a la atención de los pueblos indígenas y negros de Oaxaca en el periodo 1917-1970. La obra está integrada por ocho libros que cubren las regiones de Oaxaca: Cañada, Costa, Istmo, Mixteca, Papaloapan, Sierra Norte, Sierra Sur y Valles Centrales; cada uno presenta una breve historia del siglo veinte acompañada de imágenes. Los autores elaboraron escritos que recuperan los procesos regionales más importantes, entre los que se abordan temas de salud, escuelas, caminos, abasto y proyectos productivos; las fotografías, todas en blanco y negro, permiten apreciar cambios y permanencias mediante un elemento visual con fuerte sentido didáctico.

El origen de las imágenes es diverso. Proviene de acervos institucionales de la ciudad de México, como el Sistema Nacional de Fototecas, el Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, la Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas, el Archivo Histórico del Agua y el Archivo Histórico de la Secretaría de Educación Pública; otras se obtuvieron en la ciudad de Oaxaca, en concreto el Archivo General del Estado de Oaxaca y especialmente en la Fundación Cultural Bustamante Vasconcelos. Asimismo, varias de ellas se recopilaron con coleccionistas y fotógrafos particulares en diferentes regiones del estado, personas que generosamente brindaron su apoyo al proyecto.

Proyecto Imágenes de una identidad: Revolución y procesos post-revolucionarios entre los pueblos indígenas y negros de Oaxaca, coordinado por Daniela Traffano y Salvador Sigüenza Orozco, adscritos al Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS), Unidad Pacífico Sur. Colaboración especial: Eduardo Jaime Lara Ramírez y Grecia Cuevas Lara. Este proyecto se realizó gracias a recursos del Fondo Mixto CONACYT-Gobierno del Estado de Oaxaca (Convocatoria 2010-C01).

